



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

### HABLA EL AMA DE LLAVES

La señora de Goldstraw se instaló tranquilamente en el cuarto que le fué destinado; no era mujer a quien gustase molestar a los criados, y por esto, sin pérdida de tiempo, hizose anunciar a su nuevo amo para pedirle instrucciones. Recibióla Wilding en el comedor, como la víspera. Ahí fué donde, después de los cumplidos de rúbrica, sentáronse ambos para celebrar consejo acerca de los asuntos de la casa.

—En lo que a las comidas respecta—dijo el ama de llaves,—¿tendré que cuidarme de muchas personas o solamente de usted, señor?

—Si puedo poner en práctica un antiguo proyecto que he concebido—contestó Wilding,—habrá mucha gente en la mesa. Soy soltero, señora de Golds-



traw, y deseo vivir con todos mis empleados, como si pertenecieran a mi familia. Pero, hasta que se logre este proyecto, sólo tendrá usted que cuidarse de mi nuevo socio y de mí. En cuanto a lo que a mi consocio atañe, no puedo decir a usted nada; pero, en lo que a mí me concierne, puedo presentarme a usted como hombre de costumbres regulares y de apetito invariable...

—¿Y los desayunos?—interrumpió el ama de llaves.—¿Hay algo de particular en sus desayunos, señorito?

Interrumpióse ella misma y dejó inacabada la frase. Sus ojos se desviaban del amo y encaminábanse a la chimenea y al retrato de mujer.

Si Wilding no hubiera tenido ya por seguro que la señora de Goldstraw era persona formal y de experiencia, hubiese podido creer que desde el principio de la conversación se extraviaban un poco los pensamientos del ama de llaves.

—Desayuno a las ocho—dijo.—Tengo una virtud y un vicio: nunca me canso del tocino tostado y soy exigente en exceso para la frescura de los huevos.

Al fin volvió a él la mirada de la señora Goldstraw; pero todavía, a falta de su mirada, el espíritu de la mujer seguía compartido entre su amo y el retrato.

—Tomo té—prosiguió Wilding,—y

tal vez sea yo algo nervioso y propenso a impacientarme cuando lo tomo largo rato después de hecho... Si el té...

Ahora le tocó a él pararse de pronto y no terminar la frase. De no haber entrado en la discusión de asunto tan interesante como lo era éste, la señora de Goldstraw hubiera podido creer que en verdad que la imaginación de su amo comenzaba a desvariar.

—Si el té espera, señor...—dijo la mujer, reanudando cortesmente el hilo perdido de tan extraña conversación.

—¿El té?...—repitió maquinalmente Wilding, ibase apartando cada vez más del desayuno; sus ojos se fijaban con creciente curiosidad en la faz del ama de llaves.—¿Si el té?... ¡Dios mío! ¿Cuáles son, pues, señora de Goldstraw, esos modales y ese timbre de voz que usted me recuerda? Ese recuerdo me choca hoy más aún que la primera vez que la he visto. ¿Qué será?

—¿Qué será?—repitió el ama de llaves.

Estas últimas palabras las pronunció la mujer como pensando en otra cosa. Wilding, que no dejaba de examinarla, observó que ella miraba sin cesar a la chimenea. Vió que sus ojos se clavaban en el retrato de su madre. Al mismo tiempo, la señora de Goldstraw frunció ligeramente las cejas, cual si realizase



en aquel momento un esfuerzo de memoria del que apenas tuviera conciencia.

—Mi pobre madre difunta, a los veinticinco años—dijo Wilding.

La señora de Goldstraw le dió las gracias por señas, por la molestia de haberle nombrado el original del retrato. Al momento volvió a serenarse su rostro. Añadió que aquel retrato era el de una mujer muy bella.

No le contestó Wilding. Se había sumido de nuevo en esa perplejidad que llevaba atormentándole una hora y de la que no podía librarse. Una vez más intentó concentrar la memoria. ¿En dónde había visto él aquella cara, y dónde había oído la voz que el ama de llaves le recordaba tan exactamente?

—Dispéñeme—dijo Wilding—que le haga una pregunta más, ajena al desayuno y a mí mismo. ¿Puedo preguntarle si ha desempeñado alguna vez otro cargo que no fuera el de ama de llaves?

—Efectivamente—respondió la mujer;—empecé mi vida de manera muy distinta. He sido guardiana de la Inclusa.

—¡Ya caigo!—exclamó Wilding, empujando violentamente el sillón y levantándose.—¡Los modales de aquellas excelentes mujeres son los que los de usted me recuerdan tanto!

La señora de Goldstraw le miró estu-

pefacta, tornándose pálida. Pero se contuvo, bajó los ojos y calló.

—¿Qué pasa?—preguntó Wilding.—¿En qué piensa usted?

—¿Debo deducir de lo que usted acaba de decirme—balbució el ama de llaves—que ha estado usted en la Inclusa, señor?

—¡Claro está!—contestó él.—No me avergüenza el confesarlo.

—¿Ha estado usted en la Inclusa?... ¿Con el mismo apellido que lleva hoy?

—Con el nombre de Walter Wilding.

—¿Y la señora...?

El ama de llaves calló de pronto, mirando de nuevo el retrato. En aquel momento, su mirada expresaba un sentimiento de alarma, sobre el cual era imposible equivocarse.

—¿Habla usted de mi madre?—preguntó Wilding.

—Su madre—repitió ella, como cohibida,—su madre le retiró del Hospicio... ¿Qué edad tenía usted entonces, señor?

—Once años y medio, señora Goldstraw. ¡Oh! aquello es toda una aventura de novela.

Contó la historia de la dama velada que le había hablado en la Inclusa, durante la cena de los hospicianos, y todo cuanto siguió a tal encuentro. Hizo el relato con el acento comunicativo y con la sencillez que usaba en todas las cosas



—Mi pobre madre querida—prosiguió—nunca hubiera podido reconocerme, si no hubiese sabido enternecer con su dolor a una mujer de la casa, que se apiadó de ella. Esta mujer habíale prometido tocar con el dedo al niño Walter Wilding, al dar la vuelta al comedor... Así fué como volví a ver a mi pobre madre, después de haber estado separado de ella desde que vine al mundo. Y, como le he dicho, tenía yo a la sazón más de once años.

La señora de Goldstraw escuchaba atentamente. La mano que tenía colocada sobre la mesa volvió a caer fría e inerte sobre sus rodillas. La mujer miró con fijeza a su joven amo, y el rostro se le cubrió de mortal palidez.

—¿Qué tiene usted?—exclamó Wilding.—¿Qué quiere decir esa emoción?... Por favor, ¿sabe usted alguna otra cosa de lo pasado?... ¿Ha tomado usted parte en cualquier otro incidente que no me hayan dado a conocer? Recuerdo que mi madre me hablaba de otra persona de la casa, con quien había contraído una deuda de agradecimiento eterna. Al separarse de mí, al nacer yo, una guardiana tuvo la humanidad de enseñarle el nombre que me habían dado. Esa guardiana era usted.

—¡Dios me perdone!—repitió el ama de llaves.—Yo era.

—¿Que Dios le perdone?...—repitió Wilding asustado.—¿Pues qué mal hizo usted en esa ocasión?... Explíquese, señora de Goldstraw.

—Creo—dijo el ama de llaves—que nos valdría más volver a mis deberes en esta casa. Dispénseme que le traiga de nuevo al tema de nuestra conversación, señor. ¿Conque desayuna usted a las ocho?... ¿No suele usted merendar?...

—¿Merendar?—dijo Wilding.

En el rostro del joven negociante reapareció la terrible coloración que tanto asustara la víspera a Bintrey, el abogado. Wilding se llevó la mano a la cabeza. Véase claramente que procuraba coordinar algo sus pensamientos antes de volver a hacer uso de la palabra.

—Usted me oculta algo—dijo súbitamente al ama de llaves.

—Le suplico, señor mío, que haga el favor de decirme si acostumbra a merendar...—repitió la señora.

—No le haré tal favor; no volveré a nuestro tema, señora de Goldstraw, no volveré, sépalo bien, antes de que me haya dicho usted por qué le pesa haber hecho bien a mi madre en tan terrible circunstancia—replicó Wilding fuera de sí.—Mi madre me habló de usted con un sentimiento de inagotable gratitud, hasta el fin de su vida, y tenga entendido que es hacerme un flaco servicio el ca-



llar y no responderme. Usted me agita, me inquieta, y va a ser causa de que vuelva a atacarme el aturdimiento.

Llevóse de nuevo la mano a la frente, y de rojo que estaba su rostro, tornóse morado.

—Duro es para mí, muy duro, decirle, al entrar a su servicio, cosas que pueden costarme perder su benevolencia y sus simpatías—dijo lentamente la señora de Goldstraw.—Pero le ruego que tenga en consideración que, suceda lo que sucediere, no soy libre de desobedecerle. Usted es quien me fuerza a hablar, cuando tanto me hubiera gustado callar, y sólo rompo el silencio porque éste le alarma a usted. Sepa, pues, que, cuando enseñé a la dama cuyo retrato está ahí el nombre con que había sido bautizado su hijo, falté a todos mis deberes. Mi imprudencia tuvo consecuencias fatales. No obstante, diré a usted la verdad. Pocos meses después de haber dado yo a conocer a dicha dama el nombre de su hijo, presentóse en la casa otra señora forastera, que deseaba adoptar un niño de los que allí teníamos. Para ello traía autorización en regla; examinó a muchos niños, sin decidirse por ninguno; luego, vió casualmente uno de los neños más chiquitos... niño también... con fiado a mi cargo... Suplico a usted, señor, que procure ser dueño de sí mis-

mo... En realidad, no hace falta andarse con más rodeos... El niño que la dama forastera llevó consigo era el de esa señora que está ahí retratada.

Wilding se levantó sobresaltado.

—¡No puede ser!—exclamó.—¿Qué me dice usted?... ¡Absurda historia!... ¡Mire ese retrato!... ¿No le he dicho ya que es el de mi madre?...

—Cuando, al cabo de algunos años—dijo con voz firme el ama de llaves,—la señora cuya imagen me muestra usted vino para sacarle de la Inclusa, fué, como también usted, señor, víctima de terrible equivocación.

Wilding cayó de nuevo pesadamente en el sillón.

—¡Páreceme que el cuarto gira en derredor mío!...—dijo.—¡Mi cabeza!... ¡Mi cabeza!

El ama de llaves corrió aterrada a la ventana y la abrió, fué luego a la puerta, para pedir socorro; pero, por fortuna, un torrente de llanto que con gran estrépito salía de los ojos de Wilding consiguió calmarlo. Con una seña, rogó a la señora Goldstraw que no se apartase de él. Ella esperó el fin de aquella explosión de lágrimas. Wilding volvió en sí, levantó la cabeza y miró al ama de llaves escamado e irritado, con toda la sinrazón de un hombre débil.

—¡Equivocación!... ¡equivocación!...



—exclamó, repitiendo la última palabra por ella pronunciada.

—¡Equivocación!—prosiguió con feroz acento.—¿Y si usted se engañase a sí misma?

—Por desgracia, yo no puedo haber cometido error alguno. Ya le diré el por qué, así que se halle usted en estado de oírme.

—¡Ahora mismo!... ¡ahora mismo!... —replicó Wilding.—No perdamos un momento.

El aspecto de extravío con que la intimaba a hablar dió a entender a la señora Goldstraw que sería generosidad torpe y cruel dejarle un solo instante de esperanza. Bastaba una palabra para poner término para siempre a aquella ilusión, que él hubiera deseado conservar. Y esa palabra, que había de abrumarle, tenía ella que pronunciarla.

—Acabo de manifestarle—dijo—que el hijo de la dama cuyo retrato tiene usted había sido adoptado y conducido por otra señora extranjera. Y estoy de ello tan segura como de hallarme aquí, al lado de usted. Me veo, pues, obligada a afligirle, contra mi voluntad. Ahora, sírvase escucharme, remontándose a lo pasado, a tres meses antes del acontecimiento de que hablamos. Estaba yo a la sazón en la Inclusa de Londres, preparándome para conducir, según órde-

nes recibidas, algunos niños a nuestra sucursal del campo. Recuerdo que aquel día se promovió una discusión sobre el nombre que debía darse a un niño recién llegado. En general, dábamos a nuestros angelitos nombres sacados del almanaque de las Direcciones... Uno de los caballeros directores, que hojeaba aquel día el Registro, vió que se había borrado al niño que acababan de adoptar, Walter Wilding. «Un nombre disponible», dijo. «Démosle al que acabamos de admitir. Es el medio de que se pongan ustedes de acuerdo». Llamóse, pues, al nuevo niño Walter Wilding, como al otro que nos habían retirado... Ese nuevo niño era usted.

Wilding dejó caer la cabeza contra el pecho.

—¡Era yo!...—murmuró.

—Al poco tiempo de ingresar usted en la Institución—prosiguió el ama de llaves,—yo salía de ella para casarme. Si quiere ahora prestarme toda su atención, verá cómo ha habido una equivocación funesta. Once años y medio transcurrieron antes de que la señora que ha poco creía usted que era su madre regresase a la Inclusa para buscar a su hijo, de quien estaba separada. Ella sabía que el niño se llamaba Walter Wilding y nada más. La sirvienta a quien conmovió por su dolor no pudo desig-



narle más que el único Walter Wilding que había entonces en el establecimiento. Ningún indicio, ninguna sospecha, ninguna duda pudieron, pues, impedir que se incurriera entonces en tan cruel error. ¡Oh! Padezco por usted, señor Wilding; siempre pensaré, con razón, que el día que he entrado en su casa ha sido un día aciago; pero le juro que he venido aquí muy inocentemente. Y, sin embargo, siento que acabo de cometer una mala acción. ¡Lástima no haber podido disimular la turbación que a pesar mío me han producido las confidencias que usted me ha hecho y la presencia de ese retrato! Si hubiera tenido yo la prudencia de callar, nunca hubiese usted sabido tan amargas cosas y, aun en la hora de su muerte, tranquila y sin inquietud...

Detúvose al ver que Wilding levantaba la cabeza y la miraba. Su honradez nativa rebelábase en su corazón y protestaba contra las últimas palabras del ama de llaves.

—¿Quiere usted decir que hubiera deseado ocultarme todo eso—preguntó Walter,—que hubiera deseado ocultarme para siempre, de haber podido hacerlo?

—Me glorió de poder decir la verdad siempre que me la pregunten—respondió la señora Goldstraw.—Por cierto

que, para mí y para mi conciencia, es preferible haberme descargado de semejante secreto. Pero ¿ha sido mejor para usted? ¿De qué puede servirle ahora saber el secreto que le tortura?

—¿De qué puede servirme?—repitió Wilding.—¡Dios mío! ¡Si fuera verdad esa historia!

—De no serlo, no la hubiera yo contado—replicó la mujer.

—Perdóneme. Hay que ser indulgente conmigo. No puedo hallar aún fuerzas para admitir tan terrible descubrimiento. ¡Nos amábamos tan tiernamente uno y otro! (al decir esto, señalaba al retrato). ¡Estaba yo tan profundamente convencido de ser hijo suyo!... Ha muerto en mis brazos, señora de Goldstraw, bendiciéndome como sólo una madre puede bendecir. ¡Y al cabo de tantos años es cuando vienen a decirme: ¡No era tu madre!

—Por desgracia—repuso el ama de llaves,—no lo era; pero le quería a usted...

—¡No sé lo que digo!—exclamó Wilding.

Ya se desvanecía el dominio de sí mismo que había conseguido tener momentos antes y que había dado algunas fuerzas.

—No era en tan terrible disgusto en lo que pensaba yo hace poco. No: cosa



bien diferente cruzaba por mi imaginación... Sí, sí, señora de Goldstraw; usted me ha sorprendido y me ha herido. Su lenguaje me induce a suponer que le pesa no haberme dejado en un error que es de tanta importancia para mí. No se deje usted impulsar por tales pensamientos y, sobre todo, guárdese bien de decírmelos. Hubiera sido un crimen ocultarme la verdad. Sé que su intención era buena; lo sé. No quiero obligarla; usted tiene buen corazón. Pero piense en la situación en que me encuentro. En la falsa convicción de que yo era hijo suyo, *Ella* me dejó cuanto poseía. No soy su hijo. He tomado el puesto de otro; sin saberlo, he aceptado el puesto de otro. Es menester que encuentre yo a ese otro. La esperanza que me levanta y fortalece en medio de la terrible pena que tengo. Usted debe de saber mucho más de lo que me ha contado. ¿Quién era la extranjera que adoptó al niño? Dígame su nombre ¿me entiende?

—Nunca lo he oído... ni la he vuelto a ver nunca... Jamás he tenido noticias tuyas...

—¿No dijo nada al llevarse el niño?... Evoque usted sus recuerdos, que algo debió de decir.

—Una sola cosa que yo recuerde. Aquel año, el invierno había sido muy cruel y muchos de nuestros pequeños

discípulos se habían resentido de ello. Cuando la forastera cogió en brazos al nene, me dijo risueña: «No se preocupe por su salud. Crecerá en un clima mejor que el de ustedes. Voy a Suiza».

—¿A Suiza?... ¿A qué parte de Suiza?

—No me lo dijo.

—No hay sino ese pequeño indicio... ese ligero hilo para volver a hallar mi camino...—balbució Wilding—¡Y desde entonces ha transcurido ya un cuarto de siglo!... ¿Qué debo hacer?...

—Supongo que no se ofenderá usted, señor, por la franqueza de mi lenguaje—dijo la señora de Goldstraw.—Realmente, no veo en modo alguno a qué viene su incertidumbre sobre lo que ha de hacer. ¿Buscar ese niño? ¿Quién sabe si vive? Y si vive, no conocerá seguramente la adversidad. La extranjera que lo adoptó era una mujer de buena posición: tendría que probar al director de la Inclusa, que se hallaba en condiciones de encargarse de un niño; de lo contrario, no se le hubiera permitido llevarse-lo. Si estuviera yo en su lugar, señor Wilding, y dispénsame que le hable tan libremente... me consolaría pensando que había querido a esa pobre mujer (e indicaba a su vez el retrato), tan intensamente como se quiere a una madre, y que ella me tuvo el mismo cariño que puede tenerse a un hijo. ¿No se debe



a su mismo cariño, todo cuanto ella le dejó? Su corazón no se desmintió para con usted durante toda su vida; el de usted, nunca se desmentirá para con ella, estoy segura. ¿Qué mejor derecho puede usted tener para conservar sus presentes?...

—¡Basta!—exclamó Wilding.

Su natural probidad le hacía ver el caritativo sofisma que para consolarle le oponía el ama de llaves.

—No comprende usted—añadió Wilding.—Precisamente por haberla amado, obligame ahora mi deber a ser justo con su hijo. Es un deber sagrado, señora Goldstraw. Y si ese hijo se halla aún en el mundo, lo encontraré. Además, esta terrible prueba me mataría, si no tuviera yo el recurso y el consuelo de ocuparme al momento en lo que mi conciencia me ordena hacer. Tengo que hablar sin demora con mi abogado. Quiero que ponga manos a la obra antes de acostarme esta noche.

Acercóse a un tubo adherido a la pared y llamó por ese medio al despacho del piso inferior.

—Sírvasse dejarme un momento, señora de Goldstraw—dijo;—por la tarde me hallaré en mejores condiciones para hablar; tengo la certeza de que estaremos a gusto juntos, a pesar de lo que sucede. ¡Oh! usted no tiene la culpa...

Déme la mano... Y ahora, haga en casa lo mejor que pueda...

Cuando el ama de llaves se encaminaba a la puerta, apareció Jarvis en el umbral.

—Mande usted en busca del señor Bintrey—dijo Wilding;—necesito verle inmediatamente.

El dependiente no había ido allí sólo para recibir una orden, sino que tenía la misión de introducir a alguno que le acompañaba, y anunció:

—El señor Vendale.

Entró el nuevo socio de Wilding y Compañía.

—Dispénsame un momento, Jorge Vendale—dijo Wilding;—aun tengo que decir dos palabras a Jarvis... Mande usted que avisen inmediatamente al señor Bintrey.

Antes de salir del cuarto, dejó Jarvis una carta sobre la mesa.

—De nuestros corresponsales de Neufchatel, supongo—dijo.—Esta carta trae sello de Suiza.